

# La tradición perdida de Dorrego

Este libro nació hace poco más de dos años cuando en un programa de radio un conductor, hablando sobre mi libro *Maldito tú eres*, me preguntó sobre el momento en que comenzó la violencia política en la Argentina. El periodista sostenía, no sin cierta malicia, que todo se había iniciado con el secuestro y posterior asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu. Obviamente, respondí que el crimen del Aramburu estaba enmarcado en lo que era una dictadura y propuse cambiar la fecha de comienzo de las agresiones a junio de 1955 y julio de 1956, años respectivos del bombardeo a la Plaza de Mayo que dejó centenares de víctimas y el fusilamiento de Juan José Valle y otras 27 personas, entre civiles y militares. De inmediato, comenzó un juego del Gran Bonete, en el cual él argumentó que el golpe de Estado estaba justificado porque se trataba de un régimen autoritario y yo justifiqué esas restricciones democráticas respecto del fraude patriótico de la década infame y ambos estuvimos

# Epílogo

casi de acuerdo en consensuar que el mal del siglo xx tiene una fecha exacta, el 6 de septiembre de 1930, día en que el general José Félix Uriburu derrocó el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Pero el juego continuó y se habló de las represiones a las huelgas en la Patagonia, de la Semana Trágica, de la Revolución del 90 y la de 1905, de los crímenes de la organización nacional contra el "Chacho" Peñaloza, del crimen de Urquiza, del golpe de Caseros, de la Mazorca rosista y de los años de "tiranía" federal y por último llegamos al 13 de diciembre de 1828, día en que fue fusilado Manuel Dorrego. Para ser groseros cerramos el litigio con un: "En esa fecha comienza la larga guerra civil que divide a los argentinos". Este libro, entonces, es una continuación de mi preocupación permanente por desentrañar las razones de la violencia que sacudió a mi país en la década de 1970.

La idea de la Argentina quebrada en dos fue bien formulada por Nicolas Shumway, que en su esquemático libro

*La invención de la Argentina* concluye con una profecía poco feliz: "La Argentina es una casa dividida contra sí misma y lo ha sido al menos desde que Moreno se enfrentó a Saavedra. En el mejor de los casos, las divisiones llevan a un *impasse* letárgico en la que nadie sufre demasiado; en el peor, la rivalidad, las sospechas y los odios de un grupo por el otro, cada uno con su idea distinta de la historia, la identidad y el destino, llevan a baños de sangre como las guerras civiles del siglo pasado o a la *guerra sucia* de fines de la década de 1970".

Volver a Dorrego, entonces, es regresar a un punto nodal de la historia, para hender y desmenuzar los conflictos que se agitan dentro de sus vísceras. Estas páginas hablaron, a través de la vida de un hombre, del gran desencuentro de los argentinos.

Pero ¿por qué Dorrego?

No solo porque es el primer crimen político luego de la furia revolucionaria que acabó con Santiago de Liniers y con Martín de Álzaga y de los procesos judiciales que concluyeron en la pena de muerte —como en el caso de la anarquía del año 1820—; sino por las cualidades de Dorrego y por las circunstancias que rodean su asesinato. El 13 de diciembre de 1828 mueren definitivamente los principios que sostuvieron algunos de los hombres más esclarecidos de Mayo de 1810 y el golpe decembrino no es otra cosa que una matriz de los posteriores golpes de Estado que sacudieron al siglo xx.

Dorrego, como dice José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas* fue "un ariete demoledor —contra el unitarismo que era considerado un monarquismo centralista—; aumentaron su eficacia las vinculaciones sociales y políticas que tanto pesaban en el espíritu de la oligarquía porteña, y, seguramente, su limpieza moral, su ilustración,

su audacia y la firmeza inquebrantable en los ideales porque impidió su vida. Este hombre jacobino y liberalísimo se complicó en los manejos de los conservadores y contribuyó a preparar la tiranía de Rosas, sin prever las consecuencias ni sospechar que su nombre se convertiría en bandera del partido que cimentó la dictadura”.

Como no podría ser de otra manera, Ingenieros está claramente influenciado por su concepción dualista de la historia argentina a la que divide en la dialéctica revolución-reacción y para él Rivadavia y Dorrego, aunque enemigos irreconciliables, son hombres del progresismo, mientras el Congreso de Tucumán y el federalismo de Rosas significan la restauración de la sociedad conservadora, es decir, monárquica. Pero hay dos palabras felices en la prosa de Ingenieros: “jacobino y liberalísimo”. Dorrego, sin dudas, es el mejor continuador en el poder de Mariano Moreno y de Bernardo de Monteagudo, los dos diamantes jacobinos de la Revolución de Mayo y los dos hombres con mayor visión y proyección política que tuvo aquella época.

La historia argentina está trazada —obviamente, se trata de operaciones ideológicas posteriores— por encadenamientos políticoculturales que, como con perfidia la definieron Agüero y luego Sarmiento, se puede dividir en “civilización y barbarie”, en “ilustración y salvajismo” o en términos menos pasionales y menos manipuladores en una línea liberal —la denominada por Arturo Jauretche “Mayo-Caseros”— y la línea nacional y popular.

Adalides de la primera concepción son Bernardino Rivadavia, Bartolomé Mitre, Domingo Sarmiento, el roquismo, la autodenominada “Revolución Libertadora” e importantes sectores del Onganiato (dictadura de Juan

Carlos Onganía), del Proceso de Reorganización Nacional —nunca mejor pensado, en términos ideológicos, el nombre que se dieron a sí mismos los líderes de la última dictadura militar— y del gobierno de Carlos Menem, sobre todo en los tres casos últimos, los integrados por los equipos económicos e intelectuales orgánicos de esos procesos. Los paladines que integran la línea nacional, como se sabe, son José de San Martín, Juan Manuel de Rosas, Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón.

En una versión esquemática y un poco naif la línea Mayo-Caseros se ve a sí misma como precursora de la civilización y del orden, del progreso económico y de las libertades del hombre occidental; y la nacional y popular, defensora de los intereses económicos de la Nación y de los sectores populares. Las acusaciones cruzadas señalan que los primeros son golpistas, tiranos, extranjerizantes y entregadores de las riquezas al extranjero y que los segundos son bárbaros, refractarios, demagógicos y dictatoriales. Y algo de razón tienen todos, como no podría ser de otra manera.

Pero ¿dónde encaja Manuel Dorrego?

Sencillamente, no encaja. Y es esa la razón por la que fue condenado al olvido histórico. Los liberales no pueden recuperar para su panteón un hombre al que asesinaron sin más. Entonces, deciden callar o intentar justificar las acciones de Lavalle echando tierra sobre Dorrego —tachándolo de “loco” o “conspirador”— o, como señala José Pablo Feinmann en su esclarecedor libro *La sangre derramada*, construir la figura de “Lavalle-víctima”. Resulta interesante la operación política develada por Feinmann: “En el fusilamiento de Dorrego se ha insistido en ver a dos víctimas: al fusilado y al fusilador. Dorrego muere y es la gran víctima del federalismo. Lavalle

no muere pero permanece hundido en una desdicha que —con frecuencia— pareciera ser mayor que la de Dorrego: es la desdicha que genera la culpa. Lavalle ha sido la principal víctima de su temperamento, de su pasión incontrolada, de los malos consejos de sus consejeros. Esta imagen de Lavalle-víctima, del Lavalle tragedia ha sido desarrollada por el referente masculino de la Nación, Ernesto Sábato, en una trama lateral de su novela *Sobre héroes y tumbas*. Convocó con su infalible efectividad, la adhesión, la emoción y el deslumbramiento de los sectores culturales medios argentinos. En verdad, la vigencia de ese Lavalle se debe en gran medida a las páginas que Sábato le dedicara en esa novela fetiche —deudora *kitsch* de las filosofías de la tragedia— publicada a comienzos de la década de los 60”.

Pero resulta muy significativo leer lo que los viejos liberales pensaban del propio Dorrego para comprender también por qué el sector nacional no lo incluye como debiera en su panteón de próceres. Obviamente, es una operación antirosista, pero vale la pena refrescarla. Mitre, el padre de la historia y de la mitología argentina, lo define lacónicamente como “el único prócer federal” y Sarmiento ahonda esos conceptos: “Los antiguos unitarios no han alcanzado a comprender que Dorrego con su ambición y sus intrigas era, sin embargo, el único que habría podido organizar la República bajo las formas parlamentarias, sin dar lugar a que ambiciones bárbaras y retrógradas vinieran con Rosas a incorporarla bajo la férula de un despotismo sanguiinario, y que ahoga todo germen de civilización y de prosperidad. Dorrego era hijo de la Cámara parlamentaria y de la prensa de oposición, y nunca habría destruido las armas que con tanta gloria habían derrotado a la presidencia [de

Rivadavia]”, dice el sanjuanino con su escritura ardiente y belicosa.

Y en el *Facundo*, si bien critica duramente a Dorrego, agrega en un párrafo de sutil análisis político: “Dorrego está de más para todos: para los unitarios, que lo menospreciaban; para los caudillos, a quienes era indiferente; para Rosas, en fin, que ya estaba cansado de aguardar y de surgir a la sombra de los partidos de la ciudad, que quería gobernar pronto, incontinente; en una palabra: pugnaba por producirse aquel elemento que no era, porque no podía serlo, federal en el sentido estricto de la palabra; aquellos que se estaban removiendo y agitando desde Artigas hasta Facundo, tercer elemento social, lleno de vigor y de fuerza impaciente por manifestarse en toda su desnudez, por medirse con las ciudades y la civilización europea. [...] Lo que Lavalle hizo fue dar con la espada un corte al nudo gordiano en que había venido a enredarse toda la sociabilidad argentina: dando una sangría quiso evitar el cáncer lento, la estagnación; poniendo fuego a la mecha que hizo que reventase la mina por la mano de unitarios y federales preparada mucho tiempo atrás”.

Incluso Esteban Echeverría se deshace en elogios para el “padrecito de los pobres” y escribe en el *Dogma Socialista*: “Dorrego era caudillo de una facción, y murió víctima de otra facción vencedora [...] Pero la federación Dorreguista no era la federación Rosista. Dorrego, a más de caudillo federal, puede considerarse como la más completa y enérgica expresión del sentido común del país, alarmado en vista de las incomprensibles y bruscas innovaciones del partido unitario; y es indudable que en este terreno era fuerte, y desempeñaba muy bien su papel de tribuno de la

multitud. La federación, por lo mismo, en su boca significaba algo, era el eco de un instinto de reacción popular y una bocina de alzamiento. La federación que Rosas vociferaba es todo lo contrario de lo que han pretendido todos los caudillos desde Artigas hasta Dorrego”.

Está claro —pese a estos elogios— por qué los liberales desprecian a Dorrego: popular, demagogo, alterador del orden y acaso protonacionalista, son algunos de los cargos de los que pueden acusarlo. Y si uno hila más fino encontrará detrás de sus enemigos la verdadera ligazón que las clases dominantes —ilustradas o no— reservan para los sectores populares y sus líderes: el desprecio social. Como dice Vicente Massot, en su libro *Matar y morir*, “los unitarios —por afectada que fuese su condición— creyeron ser civilizados por oposición a sus enemigos, a quienes, indistintamente, calificaron como hordas, canallas, gentuza o forajidos”. Y tal vez en ese menosprecio, en ese desdén, se encuentre la causa de los males de la Argentina. Ese desapego, esa ajениzación que siente por los sectores populares, le impidió a la clase dominante criolla, a lo largo de dos siglos, construir una sociedad homogénea política y socialmente. Tiende a tejer sus alianzas, excepto en contadas ocasiones, con los sectores privilegiados de las grandes potencias antes que conducir el destino de las clases subalternas, como ya bien lo señaló la cohorte de escritores nacionalistas de principios de siglo xx, como Manuel Gálvez y Ernesto Palacio, entre otros.

Sin embargo, no queda claro por qué los sectores nacionales no hicieron de Dorrego una bandera propia y eligieron a Rosas como emblema. La primera razón posible se deba a que siempre es necesario realizar un



“rescate monumental” —en términos nietzscheanos— de un personaje victorioso, antes que de un mártir. La excepción fue el propio Rosas que accedió al poder sobre el cadáver de Dorrego. Pero también hay razones fundamentales en el punto nodal del pensamiento nacional para las que es más funcional Rosas que Dorrego.

Ambos caudillos no representan lo mismo. Los uno sin dudas la pasión por la defensa de la soberanía nacional. Pero tenían proyectos políticos diferentes. Mientras Dorrego era un federalista, republicano, democrático y liberal, Rosas creía en la república aristocrática paternalista de hecho. Y también las bases de sustento político eran diferentes. Así como Dorrego construía poder pivotando en una alianza entre ganaderos y comerciantes, apoyado por los círculos intelectuales porteños y los caudillos provinciales y representando a los sectores medios y bajos de la ciudad —los orilleros, los milicianos—, Rosas tejió una sólida alianza con los ganaderos de la provincia de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe y con los sectores populares del campo, sin demasiado interés por la inclusión de las demás provincias en el Estado. Su federalismo era constitutivamente diferente. Rosas era un hombre del orden, Dorrego de la revolución. Rosas, un estanciero, Dorrego, un burgués. Rosas estaba ideológicamente cerca de Martín Rodríguez y de Lavalle, Dorrego, en cambio, de Moreno, de San Martín, de Artigas y de Bolívar, pese a los desvaríos dictatoriales del venezolano.

Pero por alguna razón, la corriente del pensamiento nacional —tradicción con la cual siempre me sentí identificado— se deslumbró con la imagen de Rosas y no con la de Dorrego, con las excepciones de René Orsi y Jorge Abelardo Ramos. Y me animo a arriesgar que fue por el contenido

autoritario que abrazó la línea nacional en el siglo xx, ya fuera tanto en sus vertientes de derecha como de izquierda. El nombre de Dorrego sonaba todavía demasiado liberal, pluralista, para los principales pensadores de esta corriente. Era más fácil operacionalizar la semejanza entre Rosas e Yrigoyen —como lo hizo Manuel Gálvez— entre Rosas y Perón —como lo realizaron José María Rosa, Raúl Scalabrini Ortiz y Jauretche— que hacerlo con Dorrego, después de todo, un republicano derrotado.

Dorrego, entonces, es apenas el cruce de dos paralelas: liberal, pero nacionalista; federal, pero ilustrado; porteño, pero federal; ilustrado, pero popular; nacional y popular, pero democrático y republicano; nacionalista, localista, pero profundamente americanista, bolivariano, sanmartiniano. Por eso no encaja en los moldes de las líneas históricas. Su aura reverbera en las figuras de Leandro N. Alem, acaso Hipólito Yrigoyen, tal vez el primer Perón, el John William Cooke paguevarista y posiblemente en Arturo Illia y Héctor Cámpora, aunque todos estos personajes tengan diferencias ideológicas supuestamente irreconciliables.

La última exhumación ideológica de Dorrego la hicieron Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, en el libro *El asesinato de Dorrego*. Y es apasionante leer esa gran operación cultural de rescate histórico. En la última página sostienen: “Rosas comprendía, fundándose en la experiencia de Dorrego, que si no destruía el sistema de sus enemigos mediante la violencia, no conseguiría llevar adelante aquella política nacional. [...] Esta línea nacional, como la llamara Raúl Scalabrini Ortiz, era la línea de las clases populares, caracterizada por la resistencia triunfal de la penetración extranjera. Tendrá más tarde sus nuevos mártires: Juan

Facundo Quiroga, Martiniano Chilavert, Jerónimo Costa, el Chacho Peñaloza, Aurelio Salazar serían las gloriosas víctimas del sistema del siglo pasado. Tras la derrota momentánea del Movimiento de masas peronista a raíz de la contrarrevolución de septiembre de 1955 —que bombardeara al pueblo en sus plazas—, nuevamente los doctores de casaca negra condenarían sanguinariamente a los militantes del pueblo. El general Juan José Valle, que como Dorrego sabría aceptar con honor la injusta sentencia de la oligarquía, y Felipe Vallese, obrero peronista, serían los símbolos más notables de la larga lista de perseguidos y asesinados en nombre de una 'revolución liberadora' que, como la de Lavalle, tenía por único objetivo entregar nuestra Patria al vasallaje internacional. Tras el asesinato de Dorrego, crimen que la historia hecha por el pueblo no justifica ni justificará jamás, se descubre una experiencia aleccionadora en la guerra total que el pueblo ha decretado contra sus enemigos". Fascinante prosa de 1965 que será cinco años después la mejor justificación ideológica para cerrar con el secuestro y fusilamiento de Aramburu el círculo histórico iniciado en Navarro.

¿Y Lavalle?

Lavalle no es otra cosa que el Sargento "anti" Cruz de la larga noche de la historia argentina, se podría decir parafraseando a Jorge Luis Borges en su texto *Nuestro pobre individualismo*. Es el militar que en vez de colocarse del lado del valiente, como en el *Martín Fierro*, de José Hernández, decide traicionar a Fierro y sumarse a la patrulla para darle muerte al bravo. No es merecedor, en mi opinión, ni de justificación hacia su crimen ni conmiseración ante su arrepentimiento posterior. Simplemente es pertinente marcar una constante de todos los golpes de Estado: los llevan adelante soldados

nacionalistas y disfrutaban de sus dividendos los liberales económicos y los hombres de negocios cuando consideran que deben recuperar el poder perdido en manos de los sectores populares a los que tanto desprecian. Esta es la matriz real de todos los quiebres institucionales que se produjeron a lo largo de nuestra historia. Alguna vez los militares argentinos deberán hacerse cargo de todos sus errores históricos y reconocer que han servido solo para impedir la fecundización de un proyecto nacional profundo.

Por último, tal vez el peor crimen de Lavalle no haya sido el asesinato de Dorrego, ni la imposición de la primera tiranía en esta tierra, ni la implantación del liberalismo a través del inicio de una tradición golpista, sino, también, el arrebato a los hombres de acción y de pensamiento nacional de la posibilidad de reconciliarse con el republicanismismo, el pluralismo y el profundo sentido democrático de los Moreno, los San Martín y los Dorrego.

Esta biografía de Dorrego, como todos los trabajos anteriores, también es hija de su tiempo. Y es, sobre todo, hija de su autor. La historia es apenas una sucesión de mitologías que se resiste a dejarse disciplinar en el coto de la ciencia. Creo, como ya dijo Manuel Gálvez, que "toda biografía, toda historia, es siempre una interpretación. La verdad absoluta no la poseemos ni la poseeremos jamás". Y seguramente toda interpretación es un anhelo. Y todo anhelo, una convicción. Mi íntima convicción es que mi país sólo encontrará su destino cuando logre recuperar la tradición perdida de Dorrego.

**Hernán Brienza**

28 de diciembre de 2006



- Acha, Mariano 313, 314  
Aguirre, Manuel Hermenegildo 114, 272, 332  
Agrelo, Pedro José 142, 143, 153, 155, 160, 197, 213  
Agüero, Julián Segundo 221, 237, 264-267, 278, 296, 297, 301, 305, 328, 330, 331, 335, 341  
Alejandro I, Zar de Rusia 163  
Alem, Leandro N. 347  
Alfieri, Vittorio 251  
Alfonso I de Portugal 30  
Almeida, José 157-159  
Almeyra, Juan 318  
Alsina, Valentín 249, 296  
Álvarez, Benito 115  
Álvarez Jonte, Antonio 62, 63, 106, 107, 117, 122, 123  
Álvarez Thomas, Ignacio 142, 143, 296  
Alvear, Carlos María de 10, 85, 86, 105, 106, 116, 135-138, 141, 142, 178, 180, 181, 185, 186, 189-191, 193, 206, 208, 213, 237, 254, 257, 260, 268, 278, 305  
Álzaga, Martín de 52, 54-56, 340  
Anchorena, Juan José Cristóbal de 195, 231, 238, 331  
Anchorena, Tomás Manuel de 231, 238, 268, 331  
Andrada y Silva, Carlos Antonio de 280, 291  
Andrada y Silva, José Bonifacio de 280, 291  
Aramburu, Pedro Eugenio 338, 348  
Arana, Felipe 14, 307, 332  
Aráoz, Bernabé 92, 178  
Aráoz, Pedro Miguel 92, 217  
Arenales, Juan Antonio Álvarez de 111-113, 241, 242  
Arias, Pedro 121  
Argerich, Francisco Cosme 6-9  
Argomedo, José Gregorio 61  
Artigas, José Gervasio de 20, 57, 85, 104, 126-139, 141-144, 150, 165-167, 177, 208, 211, 220, 240, 254, 261, 292, 312, 344, 345  
Austen, Jane 62  
Azcuénaga, Miguel de 87, 88, 156, 304  
Azcuénaga, Miguel José 325  
Bárbara de Braganza 31  
Baudrix, Ángela 21, 137, 142, 324, 325  
Baudrix, José María 212  
Bauzá, Rufino 217  
Bawer, Federico 280  
Bedoya, Elías 242  
Beethoven, Ludwig Van 38  
Belgrano, Manuel 20, 52, 73, 74, 82-86, 88, 90-98, 100-119, 122-125, 130, 143, 144, 156, 167, 182, 204, 232, 269

# Índice onomástico

- Benavides, Venancio 129  
Beresford, William Carr 41-49  
Beruti, Antonio Luis 52  
Bilbao, Manuel 269  
Bolívar, Simón 15, 20, 158, 204-211, 224, 232, 233, 235, 239, 240, 252, 257, 258, 281, 282, 322, 346  
Bonaparte, José "Pepe Botella" 53, 162  
Bonaparte, Napoleón 37, 38, 52-54, 91, 130, 131, 134, 162  
Borges, Jorge Luis 348  
Brown, Guillermo 135, 260, 281, 297, 308, 309, 314, 315, 328, 335  
Burgos, Francisco 86-88  
Bustos, Francisco Ignacio 275  
Bustos, Juan Bautista 178, 206, 213, 233, 234, 241, 252, 253, 266, 275-277, 286, 289, 332
- Cabral de Veiga, Sebastián 31  
Campana, Joaquín 130  
Campo, Epitacio del 197, 201  
Campo, Dámaso del 197  
Campo, Nicolás Francisco Cristóbal del 22, 23  
Cámpora, Héctor José 347  
Canning, George 229, 232, 257, 258, 267  
Carlos III de España 31, 32, 52, 53, 64  
Carlos II, el "Hechizado" 30  
Carlos IV de España 53  
Carlos Luis de Borbón 178  
Carlota Joaquina de Borbón 130  
Carrera, José Miguel 65, 178, 185, 190-193, 213  
Carrera, Luis 61  
Carreto, Juan 97, 114  
Castañer, Juan José 7, 324, 326  
Castañón, Bernardo 299  
Castellanos (Coronel) 114  
Castelli, Juan José 52, 73-75, 168  
Castlereagh, Robert Stewart de 49, 163  
Castro, Félix 228  
Castro, Manuel 265  
Castro, Saturnino 118, 119  
Cavia, Pedro Feliciano 241, 249  
Ceballos, Pedro de 24, 32-35  
Chiclana, Feliciano 56, 76, 106, 143, 160  
Chilavert, José Vicente 197  
Chilavert, Martiniano 197  
Chorroarín, Luis José 39, 42  
Clay, Henry 258  
Conde, Pedro 87, 88  
Cooke, John William 347  
Córdova, José de 75  
Corneille, Pierre 251  
Cornet, Salvador 56-58  
Cortés, Hernán 37, 299, 306  
Costa, Braulio 231

- Costa, Jerónimo 348  
 Crawford, Robert 47, 48  
 Cruz, Francisco de la 123, 124, 297
- Da Costa, Álvaro 219, 222  
 Dalton, John 38  
 Da Silva da Fonseca, Vicente 32  
 David, José 304  
 Del Carril, Salvador María 237, 296, 322, 328, 334, 335  
 Delfina 213  
 De Luca, Esteban 39, 43  
 Díaz de Solís, Juan 28  
 Díaz de Adorno, Lorena 36  
 Díaz Vélez, Eustaquio 70, 71, 76-80, 92, 95, 98, 100, 107-109, 122, 143, 150, 206, 257  
 Díaz Vélez, José Miguel 296, 315, 328, 335  
 Dios Vial, Juan de 65  
 Dorrego, Ángela 325  
 Dorrego, Isabel 325  
 Dorrego, José Antonio 24-28, 35, 36, 39, 43, 49, 56, 59, 67, 137, 152, 279, 327  
 Dorrego, María de las Nieves 24, 35, 36, 137  
 Dorrego, María Magdalena 24, 36, 137  
 Dorrego, Luis 21, 24, 36, 137, 201, 205, 313-316  
 Dorrego, Trinidad 24, 36, 137  
 Dudley and Ward, Vizconde 285  
 Duhalde, Eduardo Luis 347  
 Duff, Alexander 48
- Echeverría, Esteban 344  
 Echeverría, Ramón de 75, 115  
 Elías, Juan Estanislao 317, 318, 321, 323, 324, 327  
 Elío, Francisco Javier de 54, 56, 63, 85, 104, 128-131
- Escribano, Bernardino 313-315  
 Estomba, Juan Ramón 331, 334
- Federico Guillermo III de Prusia 163  
 Feinmann, José Pablo 342  
 Felipe de Anjou 31  
 Fernando VI de España 31  
 Fernando VII de España 53, 54, 91, 105, 108, 130, 131, 162  
 Fernández de Agüero, Juan Manuel 39  
 Fernández, Juan 152  
 Ferrando, Felipe 125  
 Figueredo, Santiago 16-20  
 Figueroa Caravaca, Tomás de 64-67  
 Forbes, John Murray 222, 258, 315, 320  
 Forest, Carlos 94, 95, 102, 108, 109, 113  
 Francisco I de Austria 163  
 French, Domingo 143, 160  
 Fuentes, Javier 313  
 Funes, Gregorio 206
- Gallardo, Manuel 297  
 Gálvez, Manuel 345, 347, 349  
 García, Andrés 167  
 García, Manuel José 14, 206, 229, 230, 237, 256, 259, 261-263, 267, 272, 286-289  
 García Carrasco, Francisco Antonio 60, 61, 67  
 García Zúñiga, Victorio 332  
 Carro, José de 29  
 Gascón, José 150-154  
 Gelly y Obes, Juan Andrés 332  
 Godoy, Manuel 53  
 Gómez, Gregorio 297  
 Gómez, Valentín 105, 242, 265, 296  
 González Balcarce, Antonio 143, 144, 160, 166

- González Balcarce, Diego 122  
 González Balcarce, Juan Ramón 20, 93, 94, 97, 179, 180, 272, 290, 292, 300, 304, 305, 332  
 González Balcarce, Marcos 88, 186, 268  
 González Bordallo y Rueda, María de las Mercedes 37  
 González Salomón, Genaro 201  
 Goya, Francisco de 38  
 Goyeneche, Manuel de 74, 76, 85, 111, 115, 117, 120  
 Goyeneche y Barreda, Pedro Mariano de la 96, 97  
 Grigera, Tomás 130  
 Güemes, Martín Miguel de 117, 122  
 Guido, Tomás 14, 39, 106, 120, 121, 267, 281, 289-292, 300, 302, 304, 305, 332  
 Gutiérrez, Manuel Antonio 242
- Hamilton, Alexander 228  
 Haydn, Franz Josef 38  
 Hegel, Georg 163  
 Heredia, Alejandro 175  
 Hernández, José 348  
 Herrera, Nicolás de 87, 88, 132, 165  
 Hortiguera, Rafael 138  
 Hugo, Victor 91
- Ibarra, Juan Felipe 178, 206, 233, 234, 242, 253  
 Illia, Arturo Umberto 347  
 Ingenieros, José 340, 341  
 Iriarte, Tomás 278, 300, 304
- Jauretche, Arturo 341, 347  
 Jenner, Edward 38  
 Juan V de Portugal 31, 32  
 Juan VI de Portugal 130, 132, 165
- Kannitz de Holmberg, Eduardo 84, 85, 92, 94, 95, 101  
 Kierkegaard, Sören 162
- Laennec, René 163  
 Lacasa, Pedro 288  
 La Hera, Felipe de 110  
 Lamadrid, Bárbara 310  
 Lamadrid, Gregorio Aráoz de 189, 191, 240-242, 249, 309-312, 318-320, 324-327  
 Larraín, Martín 66  
 Larrea, Juan 55  
 Larrea, Ramón 297  
 Las Heras, Juan Gregorio de 206, 217, 223, 228, 229, 232, 238  
 Lavallo, Juan Galo de 10, 11, 15, 20, 37, 140, 141, 209-211, 259-261, 277, 278, 288, 289, 297-300, 303-312, 315-323, 327-330, 332-337, 342-344, 346, 348, 349  
 La Valle, Manuel de 37  
 Lavalloja, Juan Antonio 219, 236, 255, 256, 268, 278, 286, 287, 289-291, 303  
 Leberecht von Blücher, Gebhard 91  
 Lecor, Carlos Federico 165, 178, 219, 222, 255  
 Levison Gower, John 47  
 Lezica, Sebastián 11, 39, 43  
 Lezica y Torrezuri, Juan 26  
 Liniers y Bremont, Santiago de 42  
 Lobo, Manuel de 29  
 López, Estanislao 177, 178, 180, 184-186, 188, 190-195, 201, 211, 219, 220, 253, 266, 280, 307, 309, 311, 324, 330, 334  
 López, Manuel 7  
 López, Vicente Fidel 270  
 López y Planes, Vicente 106, 265-267, 273, 302, 305  
 Lué y Riega, Benito 55



Luis XVIII 163  
 Lumley, William 48  
 Luna, Juan Pablo 167  
 Lynch, Patricio 39, 43  
  
 Maciel, Cosme 193  
 Maciel, Juan Baltasar 22-24  
 Mac Namara, John 32, 33  
 Malthus, Thomas 38  
 Mansilla, Lucio Norberto 219, 220  
 María Luisa de Parma 53  
 Martínez, Benito 108  
 Martínez, Enrique 299, 302, 304, 332  
 Martínez, Juan Apóstol 306, 312, 331  
 Martínez de Rozas Correa, Juan 62  
 Marx, Karl 164  
 Massot, Vicente 344  
 Matheu, Domingo 55  
 Maza, Manuel Vicente 313, 332  
 Medina, José Antonio 275  
 Menem, Carlos Saúl 342  
 Metternich, Klemens von 163  
 Miller, Guillermo 291  
 Mitre, Bartolomé 226, 240, 249, 277, 309, 341, 343  
 Moldes, José 82, 101, 114, 144, 182  
 Monteagudo, Bernardo de 86, 106, 168, 341  
 Montes de Oca, Luciano 154  
 Morelos, José María 162  
 Moreno, Manuel 106, 120, 142-145, 152, 154, 160, 241, 249, 268, 272, 274, 280, 282-284, 288  
 Moreno, Mariano 20, 52, 54, 55, 73, 74, 106-108, 119, 120, 126, 128, 140, 168, 235, 240, 268, 280, 292, 340, 341, 346, 348  
 Muelas, Vicente María de 128, 129  
  
 Nieto, Vicente 75  
  
 Ocampo, Bernardo 296  
 O'Higgins, Bernardo 62, 178  
 Olaguer y Feliú, Antonio 67  
 Olavarría, José Valentín 302, 311, 312  
 Olazábal, Manuel 299  
 Onganía, Juan Carlos 342  
 Oribe, Manuel 236, 336  
 Ortega Peña, Rodolfo 346  
 Ortiz de Ocampo, Francisco Antonio 74, 86-88  
 Otorgués, Fernando 135, 138  
 Ovalle, Juan Antonio 60  
  
 Pacheco, Ángel 298, 308, 309, 311-313  
 Pagola, Manuel Vicente 142, 160, 186, 188-190, 197, 198, 201, 212  
 Páez (Capitán) 327  
 Palacio, Ernesto 345  
 Palacio, Santiago del 125  
 Palacios, Leandro 282-284, 290  
 Palma, Indalecio 7  
 Parish, Woodbine 228-230, 282-284, 292, 293, 314  
 Park, Dionisio 47  
 Paso, Juan José 56, 76, 106, 107, 223  
 Paula Bucareli y Ursúa, Francisco de 26  
 Paula Castañeda, Francisco de 215, 218  
 Paula Sáenz, Francisco de 75  
 Paz, José María 98, 242, 259, 277, 278, 288, 297, 332, 334, 336  
 Pazos Silva, Vicente 160  
 Pedro I de Portugal 29, 207, 256, 261, 280, 281  
 Pedro II de Portugal 30, 209, 219  
 Peña, Enrique de la 129  
 Peñaloza, Ángel Vicente "Chacho" 339, 348  
 Perón, Juan Domingo 342, 347

- Petión, Alexandre 158  
Pico, Francisco 249, 297  
Picoaga, Francisco 78, 79  
Pinto, Manuel 168, 264  
Ponsonby, John 258-261, 267, 278, 281-292  
Ponsonby, Robert 286  
Popham, Home Riggs 41  
Posadas, José 129  
Posadas, Gervasio Antonio de 105, 117, 123, 124, 134-137, 141  
Pueyrredón, Juan Martín de 43, 48, 76, 78, 80, 82, 86-89, 100, 143, 144, 148-151, 153-156, 160, 164-166, 168-174, 177, 178, 183, 189, 190, 212, 216-218, 254  
Quintana, José Ignacio de 41  
Quintana, Hilarión de la 44, 186, 197  
Quiroga, Juan Facundo 206, 231, 233, 241, 242, 249, 253, 330, 332, 334, 336, 348  
Racine, Jean 251  
Rademaker, Juan 132, 165  
Ramírez, Francisco "Pancho" 177-180, 186, 190, 194, 211, 213  
Ramos Mejía, Ildefonso Raimundo 181-184  
Rauch, Federico 296, 299, 301, 312-318, 332, 335  
Ribeiro, Bento Manuel 259  
Rivadavia, Bernardino 15, 54-56, 76, 85, 86, 93, 104-106, 131, 206, 213-218, 221, 222-237, 240-242, 248, 250, 253, 254, 256-266, 272, 273, 291, 296, 297, 306, 330, 335, 341, 344  
Rivera, Fructuoso 255, 280, 287  
Robertson, John Parish 228, 230  
Robertson, William Parish 230  
Robespierre, Maximilien 37  
Rodríguez, Martín 108, 189-191, 193-200, 204, 206, 211-213, 217, 219, 222, 223, 227, 230, 236, 251, 296, 318, 335, 346  
Rodríguez Peña, Nicolás 52, 105, 107  
Rodríguez Peña, Saturnino José 52  
Rojas, José Antonio 60  
Rolón, José Benito 300, 304  
Rondeau, José 126, 130, 133, 135, 178, 179, 190  
Rosa, José María 347  
Rosas, Juan Manuel de 10, 14-16, 18, 21, 189, 191-195, 198-201, 205, 211, 222, 231, 238, 268, 272, 277, 284, 289, 297-300, 302, 303, 307, 308, 310-313, 332, 334-338, 341-347  
Rossini, Gioacchino 163  
Rousseau, Jean Jacques 37, 235  
Roxas y Patrón, José María 14, 272, 273  
Rubio, Santos 196  
Saavedra, Cornelio 55, 56, 73-76, 130, 340  
Sábato, Ernesto 343  
Salas, Juan Bernabé 36  
Salas, María de la Ascensión 22-25, 35-38  
Salazar, Aurelio 348  
Salcedo, Miguel de 31  
San Martín, José de 20, 56, 63, 85, 86, 88, 105, 106, 114, 117-124, 151, 156, 164, 169, 171-174, 178, 207-209, 223, 230, 232, 240, 267, 289, 291, 292, 310, 332, 333, 342, 346, 349  
Sarmiento, Domingo Faustino 251, 341, 343  
Sarratea, Manuel de 56, 76, 106, 132, 133, 143, 179-184, 201, 213  
Sassenay (Marqués de) 54  
Scalabrini Ortiz, Raúl 347

- Seguí, Juan Francisco 219  
 Shelley, Mary 163  
 Shumway, Nicolas 339  
 Sobremonste, Rafael de 41  
 Solá, Manuel 330  
 Solano Meguna 125  
 Soler, Miguel Estanislao 136, 138-140, 142, 143, 153, 167, 179-182, 184, 185, 213, 222, 223  
 Sosa y Silva, Joaquín de 36  
 Sotelo, Cayetano 304, 307  
 Souza, Diego de 130  
 Strangford, Lord 106, 131, 132  
 Suárez, José Antonio 121  
 Sucre, Antonio José de 207-209, 235  
 Superí, José 95, 108-110
- Taboada, Antonio 241  
 Tagle, Juan Gregorio García de 114, 143  
 Talleyrand, Charles Maurice de 163  
 Terrada, Juan Florencio 154  
 Tezanos Pinto, Manuel 253  
 Toro Zambrano, Mateo de 61, 62  
 Torre, Pablo de la 121  
 Trápani, Pedro 286, 287  
 Trejo, Pedro 7  
 Tristán, Pío 91, 96-98, 100, 108, 110  
 Trolé, Eduardo 332
- Ugarteche, José Francisco de 241  
 Uriburu, José Félix 339  
 Urquiza, Justo José de 309, 339
- Valdenegro, Eusebio 160  
 Valdez de Inclán, Juan 31  
 Valle, Juan José 338, 348  
 Vallese, Felipe 348  
 Varaigne, Filiberto Héctor 297  
 Varela, Florencio 289, 296, 328
- Varela, Juan Cruz 218, 249, 251-253, 289, 296, 306, 321, 328, 330  
 Vedia, Nicolás de 165, 308  
 Vega, Niceto 312  
 Vélez Sársfield, Dalmacio 253  
 Vera, Mariano 150  
 Vera y Mujica, Antonio de 29  
 Vera y Pintado, Bernardo 60  
 Vargas, Juan Cruz 275  
 Verdi, Giuseppe 162  
 Vértiz y Salcedo, Juan José de 23, 24  
 Viana, Francisco Javier de 133  
 Vidal, Pedro Pablo 275  
 Viera, Pedro José 129, 217  
 Vieytes, Hipólito 74, 105  
 Vigodet, Gaspar de 132-135  
 Villegas, Miguel 6, 9  
 Viñales, Fernando 87  
 Volta, Alejandro 38  
 Voltaire 251
- Wagner, Richard 162  
 Warnes, Ignacio 75, 94, 95, 108, 109  
 Washington, George 228  
 Wellesley de Wellington, Arthur 91, 163  
 Whitelocke, John 46-48  
 Wright, Agustín 332  
 Wright, Francisco 332
- Yrigoyen, Hipólito 339, 342, 347
- Zado, José Rufino 140  
 Zapiola, José Matías 138  
 Zelaya, Cornelio 109



- 6. Capítulo 1  
Cielito y cielo nublado
  
- 22. Capítulo 2  
Chiquillada
  
- 50. Capítulo 3  
El sol del 25
  
- 70. Capítulo 4  
Vientito del Tucumán
  
- 100. Capítulo 5  
Carnavalito del duende
  
- 126. Capítulo 6  
Vidalita oriental
  
- 146. Capítulo 7  
Chacarera del exilio
  
- 176. Capítulo 8  
La vuelta al pago

# Índice general

- 204. Capítulo 9  
A la huella de Simón Bolívar
- 226. Capítulo 10  
Tirano unitario
- 264. Capítulo 11  
Cielito de los federales
- 296. Capítulo 12  
Milonga del fusilado
- 330. Colofón  
Huella triste
- 338. Epílogo  
La tradición perdida de Dorrego
- 350. Agradecimientos
- 352. Fuentes documentales
- 356. Índice onomástico

Esta edición de *El Loco Dorrego*  
se terminó de imprimir en Nuevo Offset,  
Viel 1444, Buenos Aires,  
en el mes de febrero de 2007.